



Jaco Pastorius

La extraordinaria
y trágica vida del mejor
bajista del mundo

Bill Milkowski

Entró en el club descalzo, con el bajo y una pelota de baloncesto bajo el brazo, y me dijo: «Soy Jaco». Le miré y le dije: «Ah, entonces tú eres el mejor bajista del mundo, ¿no? Es un placer» [...]. Créeme, estaba esperando reírme a carcajadas. Pero cuando enchufó el bajo y empezó a tocar, los ojos se me salieron de las órbitas y el vello se me puso de punta. No bromeaba, ¡él era el mejor bajista del mundo! Bobby Colomby, productor de Epic Records.

Esta biografía analiza en profundidad la vida y la música de Jaco Pastorius, sus comienzos tocando en bandas de rhythm and blues en su Florida natal, su aterrizaje en Nueva York y primeras colaboraciones con Herbie Hancock y Joni Mitchell, su lanzamiento internacional con la banda de jazz fusión Weather Report, el inicio de su carrera en solitario con la big band Word of Mouth y sus últimos y trágicos años de vida. Como sus héroes Charlie Parker y Jimi Hendrix Jaco no llegó a los cuarenta. Aun así, en su corta carrera revolucionó por completo el mundo del bajo eléctrico, ya que su forma de abordar el instrumento, tocando melodías, acordes, armonías y efectos de percusión a la vez, no tenía precedentes.

«Jaco Pastorius. La extraordinaria y trágica vida del mejor bajista del mundo», en versión revisada y actualizada por su autor, Bill Milkowski, recoge testimonios directos de colegas, familiares y músicos, como Pat Metheny, Joe Zawinul, Wayne Shorter y un larguísimo etcétera. Contiene, además, fotografías inéditas de su álbum familiar y de sus actuaciones en directo.

En escuelas de jazz y conservatorios de música de todo el mundo se considera a Jaco un referente musical de la talla de Charlie Parker y John Coltrane.

*Dedicado a la memoria de mi colega, el difunto
gran guitarrista y cascarrabias de talla mundial,
Robert Quine (1948-2004).*

De *Las iluminaciones* de Arthur Rimbaud: «Quien es una leyenda en vida, vive gobernado por esa leyenda. Todo puede empezar con la más absoluta inocencia, pero para encubrir los defectos y mantener vivo el mito del Poder Divino, uno debe emplear medidas desesperadas».

Del *Webster's New World Dictionary*: Eulipion: «Música que es inseparable de la vida. Sonido que encarna la fuerza de la vida y evoca sensaciones viscerales».

«El gran enemigo de la verdad no suele ser la mentira deliberada, forzada y deshonesta; sino el mito, persistente, persuasivo y poco realista».
John F. Kennedy

Agradecimientos

Es un privilegio poco habitual volver a una obra escrita tiempo atrás para pulirla, actualizarla, extenderla y, por lo demás, esculpirla hasta darle una forma mejor, más satisfactoria. Con una perspectiva más fresca que da el paso de diez años desde la primera edición de *Jaco Pastorius. The Extraordinary and Tragic Life of Jaco Pastorius* —junto con nuevos datos recopilados, nuevas opiniones de figuras clave que habían sido olvidadas en la primera ronda y la sabiduría y empatía resultado de la paternidad— he sido capaz de «hacer esto correctamente», tal como Jaco lo habría expresado.

Mi misión al ofrecer esta nueva edición atiende a cuatro objetivos. En primer lugar, quería dibujar un retrato más rico y detallado de los primeros años de Jaco en Fort Lauderdale, antes de su etapa con Weather Report, período en el que se le vio más feliz, más sano, un típico hombre de familia y un músico entregado en la cima de sus facultades. En segundo lugar, mi intención fue examinar con más detenimiento las últimas veinticuatro horas que precedieron al salvaje apaleamiento que dejó a Jaco en coma durante nueve días, antes de desembocar en su fallecimiento definitivo el 21 de septiembre de 1987. A lo largo de los años se han ido acumulando muchas preguntas alrededor de ese trágico y horrible incidente. Abundan las teorías que hablan de una conspiración, pero ¿qué le pasó realmente a Jaco aquella fatídica noche fuera del famoso Midnight Bottle Club? Sobre esta cuestión ofrezco algunos hechos innega-

bles. En tercer lugar, quería poner al día el libro en lo que se refiere a los bienes legados por Jaco Pastorius y las vidas de sus cuatro herederos (Mary y John, fruto de su primer matrimonio, y los gemelos Felix y Julius, fruto del segundo). Finalmente, quería hacer aumentar de forma significativa la sección dedicada a los testimonios al final del libro para así poder añadir muchas más voces al coro de elogios al «Mejor Bajista del Mundo».

Entre las personas cuya aportación ha sido de especial ayuda para la elaboración de esta edición se encuentran Alex Darqui, Bobby Economou, Tracy Lee, Othello Molineaux, Steve Salo, Jim Cerone, Dean Noel, Les Luhring, Ken Gemmer, Dick Neubauer, Teresa Nagell, Randy Brecker, Adam Nussbaum, Victor Wooten, Oteil Burbridge, Lenny White, Chick Corea, Geri Palladino, Bob Belden, Steve Bailey, Todd Barkan, John Medeski, Chris Wood, Steve Slagle, Andy Gonzalez, Barry Miles, Jornimry Coryell, John McLaughlin, Matthew Garrison, Reed Mathis, Richard Bona, Charnett Moffett, Christian McBride, Steve LaSpina, Joe Diorio, Daryl Stuermer, Len Pogost, Maurizio Rolli, Harvie S, Gary Willis, Mark Egan, Pino Palladino, William Galison, Ian Hunter, Frank Gravis, Ronnie Burrage, Gerald Veasley, Chris Wood, Carles Benavent, John Benitez, Jonas Hellborg y el colaborador senior de la revista *Bass Player* Chris Jisi.

Entre los que aportaron ideas clave para la elaboración del libro original se encuentran Gregory Pastorius, Rory Pastorius, Jack Pastorius, Stephanie Pastorius, Tracy Lee, Ingrid Pastorius, Othello Molineaux, Charlie Brent, Bob Bobbing, Bob Gable, Randy Emerick, Allyn Robinson, Jim Godwyn, John Goodwin, Billy Burke, Bobby Economou, Bobby Colomby, Petr Yanilos, Scott Kirkpatrick, Geri Palladino, Janis Herzog, Steve Finn, Peter Graves, Larry Warri- low, Bob Moses, Ira Sullivan, Paul Bley, Peter Erskine, Joe Zawinul, Delmar Brown, Kenwood Dennard, Alex Foster, Don Alias, Michael Brecker, Mark Egan, Brian Melvin, Carlos Santana, Stanley Clarke, Jerry Jemmott, Branford Marsalis,

Airto Moreira, Mac Rebennack, Ricky Schultz, Ricky Sebastian, Mike y Leni Stern, John Scofield, John McLaughlin, Miles Evans, Anita Evans, Hiram Bullock, Victor Bailey, Will Lee, Marcus Miller, Jerry Gonzalez, Jimmy Haslip, Jack Bruce, Stuart Hamm, Jeff Berlin, Ron Carter, Bill Laswell, John Patitucci, Michael Manring, Muzz Skillings, Kazumi Watanabe, Jamaladeen Tacuma, Charlie Loury, James Cannings, Melton Mustafa, Rashied Ali, Joe Ferry, Tom Moon, Charles Norkus, Randy Bernsen, Scott Brown, Kevin Kaufman, Bob Mintzer, Jeff Andrews, Dave Bargeron y Gil Goldstein.

También querría agradecer el apoyo y las buenas vibraciones a lo largo del camino que me han dado Lauren Zarambo, Lee Mergner, Donna Russo, Michael Bloom, Jim Eigo, Charles Carlini, Matt Resnicoff, Jeff Levenson, Gene Santoro, Fernando Gonzalez, Laszlo Gordon, Big Ed McGuire, Amy Madden, Angela Bartolone, Nancy Milkowski, Maribeth Milkowski y mi hija Vincenza Milkowski (que nació más o menos por las fechas en que se publicó la versión original del libro allá por 1995).

Me gustaría dar las gracias especialmente a Bob Bobbing, cuya pasión por la música y persistencia a la hora de ondear la bandera de Jaco durante todos estos años me han servido de inspiración. Siendo muy quisquilloso en lo que se refiere a la exactitud de los detalles y la correcta ordenación cronológica de los hechos, Bob ha jugado un papel muy activo en la reescritura del presente libro. Bobbing, además de ser una fuente crucial sobre los bienes de Jaco Pastorius y su capital, es también quien guarda los archivos familiares de Jaco. Fue en esa calidad que demostró ser una fuente inestimable a la hora de proporcionar documentos insólitos y fotos personales de Jaco correspondientes a los primeros años de su carrera. Además, desplegó su agudo instinto detectivesco a la hora de rastrear hechos y detalles referentes a la vida de Jaco. Siempre agradecí todas las opiniones y anécdotas desinhibidas y los relatos pintorescos sobre Jaco que me explicó a lo largo de innumerables

conversaciones telefónicas a altas horas de la noche. Mis esfuerzos para conseguir «hacer esto correctamente» hubiesen sido en vano sin su incansable cooperación y sus sabias aportaciones. El empeño de Bobbing en perpetuar el legado de Jaco ha culminado recientemente en el ambicioso documental en audio titulado *A Portrait of Jaco: The Early Years (1968-1978)*. [Retrato de Jaco: los primeros años (1968-1978)]. Tras diez años de preparación, este doble disco compacto elaborado con material seleccionado de los archivos de Bob contiene un libreto anotado de ochenta páginas con fotos inusuales de Pastorius, así como testimonios de viva voz de muchos grandes músicos que en un momento u otro han estado en la órbita de Jaco a lo largo de su carrera. El disco se puede conseguir en Holiday Park Records a través de las páginas web jacotheearlyyears.com y jacopastorius.com.

También debo agradecer de manera especial a Matt Kelsey de Backbeat Books por habernos dado luz verde para la elaboración de esta edición, y a Gregory Isola, cuyo buen ojo como editor pulió algunas de las asperezas de mi original.

Preámbulo de Bob Moses

Todavía hoy pienso mucho en Jaco, especialmente cuando doy mis clases de música. Me encuentro con muchos alumnos que tocan bien y tienen un buen gusto musical. Saben seguir el ritmo, conocen el lenguaje, y todas esas cosas. Pero en cierta manera, no hay nada que me sorprenda: ¡nada que sobresalga! Tengo una sección de mi departamento que se dedica particularmente a aquellos estudiantes y músicos en esa categoría, es decir, aquellos con suficiente oficio pero incapaces de volar a la misma altura que sus héroes. Tengo un nombre para este síndrome: bloqueo de identidad. Porque la mayor parte del problema se encuentra en que mucha gente tiene bloqueado el centro emocional, la identidad. Saben tocar, pero no les sale del corazón como le salía a Jaco. El cuerpo no les canta de pies a cabeza, como parecía ocurrirle siempre a Jaco. Es una especie de estreñimiento emocional. Es un bloqueo del yo emocional. Y para aquellos que sufren este mal, invoco a menudo la figura de Jaco. Porque existió un tipo que no sufría en absoluto ese síndrome de bloqueo de identidad. Al contrario, su identidad estaba completamente abierta. No tenía miedo. Y el miedo es precisamente el mayor enemigo de la creatividad.

Cuando miro hoy a mi alrededor, me parece que nuestro tiempo está más lleno de miedo que nunca. Y eso hace que todavía eche en falta a Jaco mucho más. Porque no hay demasiada gente que viva de esa manera, exhibiendo a todas horas su estado emocional. Es cierto que a veces es

desagradable. La verdad puede ser desagradable, pero gracias a Dios que existe. Y gracias a Dios que conocí a Jaco.

Os contaré una historia sobre este individuo. Yo antes vivía en el norte de Nueva York. Mi casa se encontraba en un valle entre dos cordilleras de montañas. Los bosques bajaban hasta un arroyo que se alimentaba de dos cataratas que se formaban en la montaña. El único acceso al arroyo era una pendiente de unos cuatro metros y medio, completamente rocosa. La piedra es muy resbaladiza y es muy fácil caer, de manera que la gente suele bajar muy despacio, e incluso utilizan las manos para no caer. Por otro lado, las aguas del arroyo están heladas. En primavera, cuando la nieve ya se ha fundido, en la parte más profunda el agua no te llega más arriba del pecho. Hay otros puntos que solo tienen una profundidad de medio metro como mucho, de manera que no puedes ni nadar. Digamos que, básicamente, solo te puedes remojar para refrescarte.

Un día llevé a Jaco a ese lugar y cuando llegó al punto desde donde se veía el arroyo, se volvió loco. «¡Joder, tío! ¡Un arroyo! ¡Me encanta! ¡Es genial!». Estaba en el borde de la montaña, a unos cuatro metros y medio del agua. Pero tampoco estaba exactamente encima del arroyo. El borde de la montaña se inclinaba un poco, quedando más lejos todavía del agua. Entonces, con un solo movimiento, se quitó la ropa, se quedó completamente desnudo y se dispuso a saltar. Él no tenía ni idea de la profundidad que aquello tenía. Quizá no llegaba al metro y medio de profundidad, y había cuatro metros de distancia, y todo estaba lleno de rocas. Ya estaba en el aire cuando gritó: «¡Jaco! ¡Nooooooooo!». Pero fue gritar esas palabras, y él ya estaba abajo.

De repente, toda la escena me pasó por la cabeza en un solo segundo, como si fuera a presenciar la muerte de ese chico. Todo lo que sentía era mucha tristeza. Pero el chico dio contra el agua e hizo una milagrosa pirueta. Tan pronto

como su cuerpo impactó, se deslizó no sé cómo y se las apañó para transformar toda esa energía descendente en ascendente. Ese tío era muy grande; y no precisamente ligero. Así que al impactar contra el agua desde aquella altura, esperaba oír el golpe contra el fondo de rocas. Pero entonces empezó a desperezarse, y salió del agua riendo histéricamente. Nunca había visto nada igual. Nadie se mete en un arroyo de esa manera. Lo que hace la gente es poner primero un dedo del pie, sentarse en la pendiente y gradualmente descender intentando no resbalar con las piedras. Pero él era como Tarzán. Era como un doble de acción salido de alguna película al estilo de Indiana Jones. Yo lo vi. Yo estaba allí, y aún no me lo creo. Ese tío no le temía a nada. Tenía su identidad abierta por completo. Y él vivía la vida día a día partiendo de ese baremo.

Prefacio I

Jaco: Hombre y mito

«Me llamo John Francis Pastorius III y soy el mejor bajista eléctrico del mundo».

La vida y la música de Jaco Pastorius son legendarias. Como sus héroes Charlie Parker, Jimi Hendrix y Jesucristo, Jaco no llegó a los cuarenta. Aun así, en el relativamente poco tiempo que pasó en este planeta, revolucionó por completo el mundo del bajo y nos dejó como herencia una rica obra que perdurará a pesar del paso del tiempo. En las escuelas de jazz y en los conservatorios de música de todo el mundo se habla de él con el mismo tono reverencial que se utiliza al hablar de «dioses» como Bird y Trane, Bach y Mozart. Como dijo un colega bajista: «Jaco abrió la puerta para que pasáramos nosotros».

En Nueva York, aún recuerdan sus legendarias actuaciones, sus solos maratonianos, sus escandalosos numeritos en escena y fuera de ella. Pásate cualquier noche por el Blue Note, el Sweet Basil, el Lone Star Cafe, todos esos clubes de primera que tuvieron a Jaco como cabeza de cartel en su momento álgido. O déjate caer por alguno de los tugurios en los que actuó durante sus años más oscuros. Y habla con el dueño del club, el portero, el camarero o alguno de los habituales del local. O habla con los músicos, sus representantes o los empleados de las tiendas de discos de la

ciudad. O habla con los críticos de jazz de la prensa diaria o con los que trabajan para revistas como *Down Beat*, *Musician*, o *Billboard*. O habla con los vagabundos que duermen a las salidas de los clubes o los que deambulan por las pistas de baloncesto del tramo oeste de la calle Cuatro. Todo el mundo, según parece, tiene alguna historia que contar. Todo ha pasado a formar parte de ese creciente folclore que alimenta el mito de Jaco y va cogido de la mano de su legado musical.

Jaco fue al bajo eléctrico lo que fue Paul Bunyan a la industria de la madera, lo que fue Muhammad Ali al boxeo. Como Babe Ruth, Charlie Parker, y John Belushi, fue una figura legendaria que vivió al límite y fue adorado por una gran multitud. En toda la comunidad musical, estas dos sílabas, Ja-co, aún resuenan con autoridad, un testamento a su genio musical y al poder de su carisma.

Jaco vivió la fama como el vuelo fugaz de un cohete. Su llegada a lo más alto con Weather Report, la primera banda de fusión de los setenta, fue seguida de una trágica caída en desgracia en los ochenta, un hecho que le dejó espiritualmente roto, sin casa, sin dinero, y le dejó irremediablemente lejos de la realidad. Al final, su extraño comportamiento por las calles del Greenwich Village y después de Fort Lauderdale era un grito de socorro, una expresión del tormento interior que estaba sufriendo. Estaba furioso, fuera de control, y no tenía ningún sistema de apoyo, ninguna red de asistencia que le pudiese ayudar ni dar consejo. Ni su familia ni sus más allegados podían hacer nada para cambiar la percepción de Jaco sobre su condición y el mundo que le rodeaba.

«Había mucha gente que lo adoraba y que le quería ayudar», dice Bobby Colomby, el baterista y productor de Epic que «descubrió» a Jaco y se encargó de su asombroso álbum de debut que llevaba como título su propio nombre en 1976.

Pero algo en su cabeza, algo en su interior, no le dejaba ser feliz. Ese hombre sufría algún tipo de enfermedad mental, y su rechazo a todo tipo de ayuda era otra manifestación de ello. En este país no tenemos un sistema que trate de forma correcta este tipo de cosas. Desafortunadamente, en nuestra sociedad, si un chico estornuda o tose, es que está resfriado, y todos nos compadecemos de él. Nos sentimos afectados. Si un tipo tiene un tumor, estamos con él. Pero si tiene una enfermedad mental, enseguida decimos que está chalado. No reaccionamos de la misma manera. No entendemos que eso también es una enfermedad. Y eso conlleva resultados trágicos.

En verano de 1986, después de diez años de estar sentado en la cima del mundo, Jaco ya había quemado todas sus naves. El que una vez fue un gigante dentro de la industria y el centro de atención del mundo del jazz, ahora deambulaba por las calles de Nueva York mendigando dinero para cerveza. Tenía la entrada prohibida en la mayoría de clubes de la ciudad, lo mismo que les sucedió a Charlie Parker y Bud Powell en los últimos años de sus carreras, y a menudo tenía que empeñar su bajo. Sus colegas más cercanos eran los chaperos y la fauna callejera que se congregaban en las pistas de baloncesto del tramo oeste de la calle Cuatro, en Washington Square Park. Parecía sufrir lo que una vez Graham Greene denominó el «Complejo de Cophetua»: una necesidad emocional de estar rodeado de la gente de clase baja.

Cuando se acercaba su fin, «el mejor bajista del mundo» empezó a jugar de manera macabra con sus deseos de morir, como si estuviese buscando un verdugo. Finalmente lo encontró en un portero de discoteca de veinticinco años especialista en artes marciales, un matón que no tenía ni idea de quién era Jaco, de lo que había creado durante su vida, o de lo que significaba su música para cientos de miles de fans de todo el mundo.

¿Qué lo llevó a ese horrible deterioro? ¿Cómo un artista tan brillante, una persona tan espiritual, padre amado y amigo leal, podía acabar convertido en un desquiciado vagabundo perdido por las calles? La respuesta larga a esta pregunta es tan compleja como lo es el cerebro humano. La respuesta corta (y al mismo tiempo engañosa) es muy simple: las drogas, el alcohol, y una vida sin límite, los mismos catalizadores que precipitaron las muertes de otros genios como Charlie Parker, Charlie Christian, Jimi Hendrix y Billie Holiday. Pero si excavamos bajo la superficie de esa vida sin límites y vamos más allá de los estereotipos descubriremos una miríada de razones que nos darán respuesta a la caída de Jaco, y entre las que podemos incluir la rabia no resuelta por la temprana separación de sus padres, el sentimiento de culpa por sus matrimonios fallidos, y la profunda tristeza de sentirse alejado de sus hijos, todo ello sumado a una necesidad innata de pagar penitencia por estos «pecados».

Indudablemente Jaco sentía la constante presión de mantener el estatus autoimpuesto de «mejor bajista del mundo» y tenía un miedo profundamente enraizado de que se le agotaran las ideas. Albergaba una gran furia hacia las hordas de «clones de Jaco» que se apoyaban en su técnica, copiaban su estilo personal y conseguían actuaciones en un momento en que las discográficas y los dueños de los clubes le cerraban precisamente a él las puertas. (Pero como Jaco decía indignado: «Sé perfectamente lo que he inventado»).

Tuvo problemas con el alcohol y la cocaína, pero la cruz más pesada que le tocó soportar fue su enfermedad, su condición de maníaco-depresivo sumada al desequilibrio químico de su cerebro, que le provocaba perder los nervios y el control involuntariamente. Así pues, el final violento de Jaco parecía inevitable. Los que vivieron cerca de él veían desde hacía años los indicios. Habían sido testigos de su caída gradual, desde los días de gloria con Weather Report

hasta los tiempos como mendigo por las calles de Nueva York. Le vieron pidiendo dinero, durmiendo en los bancos de los parques, tambaleándose por Greenwich Village aturdido y confuso, murmurando palabras sin sentido y enfrenándose a los peatones con un comportamiento extraño y provocador.

Los que no lo habían presenciado en primera persona, habían oído hablar de ello. Cada semana había alguna nueva historia de terror o algún cuento de Jaco presentándose a una actuación borracho con la cara pintada con colores de guerra y todo el cuerpo embadurnado de barro, afeitándose las cejas, tirándose desde un balcón en Italia, dando vueltas en una motocicleta por Tokio completamente desnudo, arrojando su bajo al mar, destrozando el escenario, dejándose los dientes en un bar después de una pelea. Y los rumores corrían como la pólvora de una comunidad musical a otra, alimentando la fama del mito.

Brian Melvin, un baterista que grabó con Jaco, estuvo de gira con él en 1985, y con el que vivió algunos meses en San Francisco, cree que Jaco ayudó a forjar su propio mito. «Todo el mundo decía que Jaco estaba loco —recuerda—. Su reputación era la de alguien que era capaz de hacer cualquier cosa, y eso se convirtió en una norma para él. La gente que le rodeaba le ayudó a crear esa reputación gracias a los rumores, pero creo que la perpetuó él mismo. En poco tiempo, consiguió esa imagen de “chico malo del jazz” con la que siempre vivió».

El guitarrista Pat Metheny está de acuerdo en que Jaco quedó atrapado por su propio mito. En un momento de mi entrevista a Pat Metheny de 1984, acabamos hablando sobre Jaco. De repente, Pat detuvo la conversación y dijo: «¿Ves?, esto es lo que le encanta a Jaco. Se cree que la gente está todo el día sentada hablando sobre él. Y eso es parte de su problema».

«Desafortunadamente, siempre que oías hablar sobre Jaco era algo relacionado con alguna excentricidad que ha-